

La construcción narrativa del escándalo político en la prensa chilena

Este artículo se propone realizar un corto análisis sobre los cambios que atraviesan el periodismo desde su lógica interna; cambios en aquello que le es más íntimo y particular: su modo de informar, de narrar o de construir la noticia. En particular, se aportan algunas reflexiones sobre la tendencia a incorporar ciertos modelos ficcionales en la construcción de la noticia y sobre el cada vez más denso entrelazamiento entre información y ficción en el ejercicio del periodismo, lo que sin duda constituye un cambio sociocultural de envergadura.

Palabras clave: Periodismo, narrativas periodísticas, prácticas periodísticas.

Recepción: 5 de octubre de 2005

Aceptación: 10 de noviembre de 2005

The narration of political scandals in the Chilean press

The purpose of this article is to analyze briefly the changes that the very essence of journalism goes through from the perspective of its internal logic; that is to say, changes in the way of informing, narrating and making up news. Reflections are made on the trend towards incorporating fictional models into the construction of news, and on the increasingly tight link between information and fiction in journalism. These trends undoubtedly represent an important socio-cultural change.

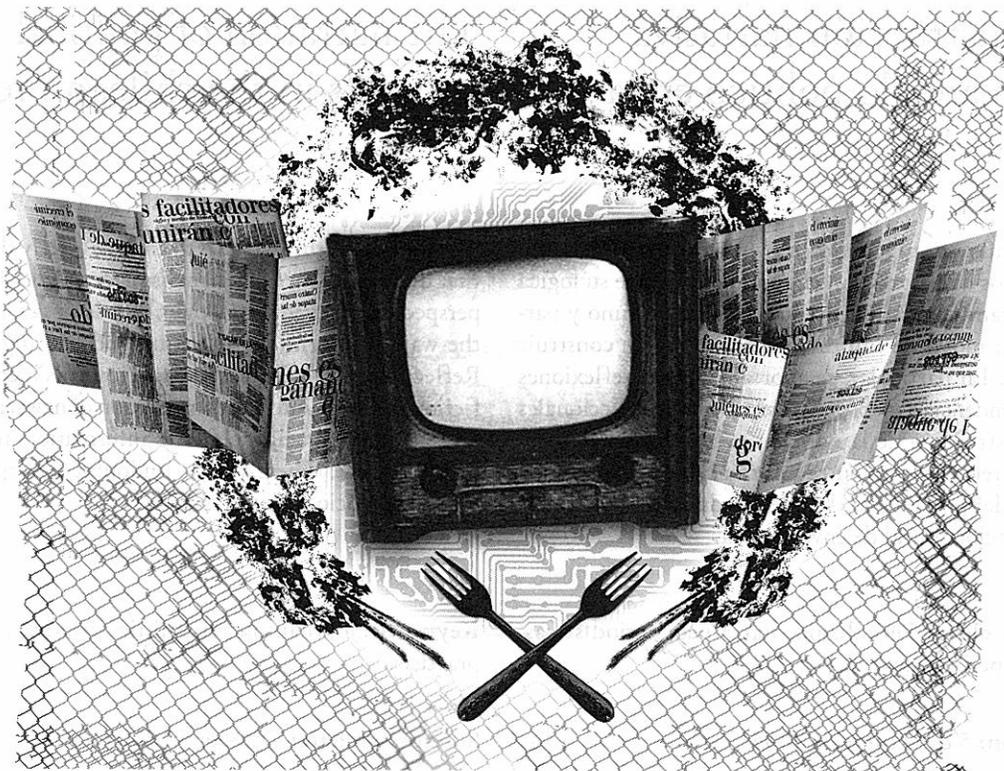
Keywords: Journalism, journalistic narrative, journalistic practices.

Submission date: October 5th 2005

Acceptance date: November 10th 2005

* Guillermo Sunkel es Licenciado en Sociología de la Universidad de Sussex y Doctor en Estudios Culturales del Center for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham, Inglaterra. Director del Centro de Estudios de la Comunicación de la Universidad de Chile. Correo electrónico: gsunkel@chile.com. Las reflexiones que se exponen en este artículo surgen de una investigación reciente sobre las maneras en que la prensa escrita ha incidido en la configuración del imaginario social de la corrupción en Chile.

La construcción narrativa del escándalo político en la prensa chilena



La prensa chilena en la época de la televisión

Hasta comienzos de la década de los setenta, la prensa escrita ocupaba un lugar central en la cultura como medio de acceso al conocimiento, a la información y al debate ciudadano. ¿Cómo afecta a la prensa escrita el desarrollo de la televisión, medio que durante los años ochenta y noventa llegó a constituirse en el subsector líder de la industria cultural y a instalarse como un componente habitual en la vida cotidiana de la gran masa de la población? Por

lo menos se pueden insinuar tres aspectos.

En primer lugar, el desarrollo de la televisión tuvo una fuerte repercusión en la distribución de los ingresos publicitarios. En 1977, “la prensa diaria obtiene casi el 50% de los recursos publicitarios; le sigue la televisión con alrededor de un tercio, la radio con menos de un décimo, las revistas con un vigésimo y el resto con pequeñas inversiones en el cine y la vía pública” (Portales, 1981, p. 137). Sin embargo, ya en la década de los ochenta, la prensa deja de ser el medio que obtiene la mayor participación en los ingresos publicitarios para ceder ese lugar a la televisión. Hacia fines de los años noventa, la prensa obtiene el 35,5% de los recursos publicitarios, después de la televisión, que concentra el 56,3%. A bastante distancia siguen las revistas, que reúnen el 4,4% del gasto en publicidad; la vía pública, con 2,8%, y el metro, con un 1,1%.¹ Este cambio en el patrón de distribución publicitaria muestra una tendencia favorable hacia la televisión y un efecto negativo en la prensa escrita. No obstante, a pesar de esta tendencia, la prensa escrita mantiene un enorme poder económico, el que además se encuentra muy concentrado en unas pocas empresas.²

En segundo lugar, el desarrollo de la televisión ha tenido un fuerte efecto en términos de audiencia. Hasta comienzos de los años setenta, el lugar de la prensa escrita como fuente de información y debate ciudadano sólo había sido desafiado por la radio, medio que se masificó en el país durante los años sesenta, en un proceso que se ha denominado *radiación de la cultura* (Cfr. Gutiérrez y Munizaga, 1983). La masificación de la televisión en los años ochenta busca capturar audiencia radial, pero la radio se defiende a través de ciertos cambios tecnológicos y de lo que se ha llamado la *revolución de la frecuencia modulada* (Cfr. Brunner, Catalán y Barrios, 1989). Así, en vez de restar audiencia a la radio —la que se ha mantenido e, incluso, aumentado— el desarrollo de la televisión parece haber tenido una influencia negativa en la lectura de prensa escrita.

Un estudio realizado por el Consejo Nacional de Televisión indica que en el 2002 un 79,4% de la personas señala consumir todos los días televisión (abierta); un 68,3%, radio, y un 22,4%, diarios

(Consejo Nacional de Televisión, 2002). El consumo promedio diario de televisión es de 1 hora 57 minutos, cifra que aumenta en los estratos más bajos de la población a 2 horas 8 minutos. A su vez, el mayor consumo de televisión en los estratos más pobres coincide con un menor índice de lectura de diarios. Así, mientras sólo el 11,5% del estrato más pobre de la población dice leer diarios todos los días, la proporción aumenta a 41,3% en los sectores de mayores ingresos. En definitiva, si bien el desarrollo de la televisión ha afectado negativamente la lectura de diarios, la prensa sigue siendo significativa en términos de audiencia, en especial en los estratos altos de la población.

Por último, el avance de la televisión ha llevado a los medios de prensa escrita a desarrollar estrategias de mercado orientadas “al consumidor”. Entre éstas se destaca la edición y distribución de suplementos (deportivos, educativos, del campo, para la mujer, etc.) orientados a públicos específicos (proceso que se inicia en la década de los ochenta); la distribución de productos (libros, videocasetes, discos compactos, CD-ROM, DVD, etc.), utilizados como ‘ganchos’ para la venta de periódicos, y, más recientemente, el rediseño de algunos diarios, lo que ha implicado algunos cambios en los contenidos.



.....

- 1 Información de Megatime, datos que corresponden a 1998.
- 2 Para un desarrollo de este tema véase: *Concentración económica de los medios de comunicación* (Sunkel y Geoffroy, 2001).

El Consejo Nacional de Televisión (CONATEL) es un organismo público que regula el sector de la televisión en Chile. Su misión es garantizar el servicio de la televisión a la población en 24 horas al día y 7 días a la semana. A su vez, el organismo también se encarga de regular el contenido de los programas que se transmiten por televisión.



Las estrategias de rediseño más de fondo son aquellas que forman parte del proceso que Umberto Eco denominó *televisación de la prensa escrita*, cuando apuntaba: “La prensa italiana, a estas alturas, es esclava de la televisión. Es la televisión la que fija, como se suele decir, la agenda de la prensa” (Eco, 1997, p. 78). En Chile, la *televisación de la prensa escrita* ha afectado principalmente a los diarios orientados a públicos de estrato bajo y medio bajo. Éstos han tomado la televisión como referente básico de su labor y han dado amplia cobertura a los personajes de la farándula y a todo lo que acontece en torno al medio televisivo.

¿Cómo interpretar el efecto que ha tenido la televisión en la prensa escrita? ¿Está la prensa en decadencia? Lo señalado indica que la prensa ha sobrevivido a la televisión al reubicarse —aunque en una posición de menor centralidad— en el nuevo escenario mediático. De este modo, la prensa ha dejado de ser ‘el’ medio dominante en el mercado publicitario, pero mantiene una posición significativa de poder económico; ha perdido lectores y sus públicos se han segmentado, pero mantiene altos índices de lectoría, especialmente en los estratos altos de la población, y ha desarrollado estrategias de rediseño orientadas al ‘consumidor’. Además, en el caso de los diarios orientados a públicos populares, estas estrategias han significado la subordinación de la prensa a la televisión.³

Del periodismo informativo al periodismo narrativo

La tradición del periodismo informativo, que dominó en Chile durante gran parte del siglo XX, sostiene que existe una realidad ‘allá afuera’, que espera a ser descubierta, que la prensa *refleja* ‘lo que ocurre’ en la realidad sin alterarla, que la relación de los hechos puede ser realizada sin distorsiones y que se pueden separar de manera tajante los hechos de las opiniones. Para esta tradición el lenguaje es meramente un instrumento para la representación ‘objetiva’ de los hechos, la que puede ser garantizada por una actitud neutral e impersonal del periodista. Por ‘hechos’ se entienden los acontecimientos, ‘lo

.....

3 En el contexto actual habría que preguntarse también: ¿cuál es el efecto de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en la prensa escrita? ¿Qué incidencia tienen las TIC en los modos de producción, comercialización y consumo de los productos culturales? Es evidente que en los últimos años el ambiente digital se ha vuelto crecientemente importante para las industrias culturales. Por ejemplo, a través del comercio electrónico las industrias culturales están buscando complementar y ampliar los modelos de comercio existentes, en particular aquellas industrias (como la prensa), cuyos productos centrales pueden ser distribuidos a través de internet. Así, crecientemente, se han comenzado a definir estrategias flexibles orientadas al desarrollo complementario de negocios *on line* (como los diarios digitales), que se combinan con los productos más tradicionales. Sin embargo, aunque crucial, este es un tema que aquí sólo podemos dejar enunciado.

que ocurre' en la realidad independientemente de las significaciones e interpretaciones asociadas. Las noticias son la representación objetiva de esos acontecimientos y algunos formatos facilitarían esa actitud del periodista, al neutralizar la aparición de componentes valorativos que pudieran entremezclarse con la sobria relación de los hechos.

En esta tradición se distingue entre textos informativos y textos de opinión. En todos los textos que el diario considera del primer grupo deben respetarse los principios de la objetividad. Distinto es el caso de aquellos convenientemente señalizados y separados de lo estrictamente informativo —como editoriales, columnas, artículos, cartas—, donde, previo acuerdo con los lectores, se vierten opiniones y se desarrollan argumentaciones. En la prensa liberal se espera, además, una pluralista yuxtaposición de posiciones.

En los últimos años, sin embargo, han comenzado a aparecer formas alternativas de narrar las noticias que son incompatibles con el periodismo informativo, aunque los propios periódicos, los periodistas e incluso los profesores en las escuelas de periodismo no reconozcan este cambio. Asistimos, como lo plantean algunos autores, al paso del periodismo informativo al periodismo narrativo. Como se ha señalado:

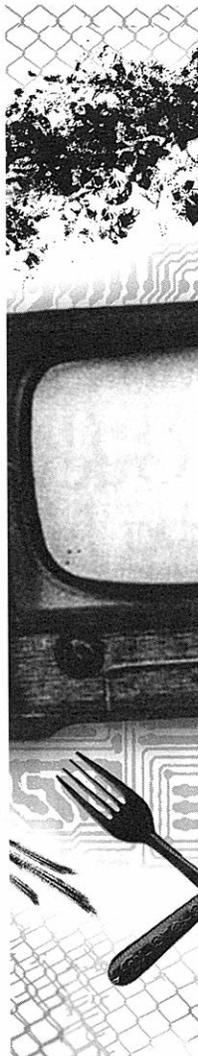
Son muchos los lugares en los que se habla de los medios de comunicación como narradores: de su función fabuladora, como dispositivos en el que hoy se configuran los grandes mitos [...] y las pequeñas historias: en los talk shows aparece lo extraordinario de las personas comunes, en los programas de entrevistas, lo común de las personas extraordinarias. (Fernández Pedemonte, 2001, p. 75)

Asistimos a un contexto de retorno del relato —esto es, un dispositivo textual, una forma de representación de las acciones y los conflictos— que parece suceder a la pretendida caída de los relatos explicativos totalizadores. Interesa destacar dos aspectos: en primer lugar, el desdibujamiento de la distinción entre zonas 'duras' y 'blandas' de los periódicos. En una investigación realizada hace ya algunos años sobre el modo en que la prensa construye el imaginario acerca de la integración regional, Aníbal Ford establecía una distinción entre lo que denominaba las *zonas duras de los periódicos* (política nacional, política internacional y economía) y las

zonas blandas (espectáculos, policiales, información general, etc.): "Esta división se refiere a las estrategias comunicacionales de cada uno de estos grupos. El primero, apoyado en un tipo de discurso informativo y argumentativo, más abstracto y estructural, correspondiente por otra parte a clasificaciones de la modernidad; el segundo forma parte de un discurso más narrativo y casuístico, concreto y personalizado" (Ford, Martín y Mazzioti, 1996, p. 178). Paralelamente, destacaba dos fenómenos relacionados: uno es la caída del interés de los lectores en las zonas 'duras'; otro es que el efecto más fuerte en el imaginario social proviene de las zonas 'blandas'.

En una investigación posterior, Ford ha planteado que el discurso narrativo ha venido a reemplazar la información y la argumentación en los temas de interés público, los que tradicionalmente constituían las zonas 'duras' de los periódicos. El predominio del discurso narrativo se explica en gran medida como una manera de hacer frente a la caída del interés de los lectores en las zonas 'duras' de los periódicos, lo que a su vez ha tenido una fuerte repercusión en los modos de 'informar' de los periódicos tradicionalmente considerados como 'serios'. Otros factores que han incidido en este proceso incluyen la subordinación de la prensa escrita a los lenguajes audiovisuales, los cambios en los modos de leer producto de la centralidad de la experiencia audiovisual y la dura competencia entre los medios por ganar audiencias.

Un segundo aspecto es que el crecimiento de lo narrativo se encuentra íntimamente asociado con la importancia como noticia que han adquirido los 'casos'. De nuevo aquí seguimos a Ford cuando plantea que "Le damos particular importancia al caso como ejemplo del crecimiento de lo narrativo frente a lo argumentativo o informativo y de lo individual o microsocioal frente a lo macro o lo estructural en la cultura contemporánea" (1999, p. 246). "Nos interesa el estudio del caso no sólo en sus características estructurales, fundamentalmente narrativas, sino también por su utilización como ingreso o en reemplazo de la información y la argumentación en los temas de interés público. Por su creciente peso en la construcción y circulación del sentido en la cultura massmediática" (Ford, 1999, p. 248).



En este sentido, particularmente importante es la relación entre casos y generalización, la que puede tomar diversas formas. En las ciencias sociales, el caso ha operado como vía de ingreso al conocimiento general o estructural como en las historias de vida o los *case studies*. Incluso ha contribuido al desarrollo de ciertas disciplinas como el psicoanálisis o la criminología. Pero el caso también puede operar como demostración dentro de un marco disciplinario o como *examplum* de lo que es aceptado como norma. También se da el caso interrogativo, que permite establecer conjeturas y puede funcionar como disparador de nuevos temas.

El uso que se hace del caso en el periodismo, normalmente, tiende a la generalización y a la interpretación. El caso periodístico siempre establece relaciones con alguna serie sociocultural que desborda el hecho individual o microsocioal. Funciona

como disparador de nuevos temas o de tendencias para su incorporación en la agenda pública o para la construcción de una serie. Se pueden citar diversos temas que han ingresado a la agenda pública a partir de 'casos' y que luego se insertan en alguna serie sociocultural: la delincuencia juvenil, los niños que viven en la calle, el trabajo infantil, la paidofilia, las negligencias médicas o la violencia familiar.

Por cierto, un caso puede incluir un cierre. Pero, en el periodismo, el caso normalmente tiende a ser 'solidario' con una serie. En este sentido, se ha planteado la noción de *serie narrativa*. Según Silvia Tabachnik: "Las series se organizan en relación a la articulación de acontecimientos que presentan cierto nivel de homogeneidad. El acontecimiento se concibe como construcción semiótica producido en las sociedades contemporáneas por el dispositivo mediático" (2000, p. 338). Según esta autora estas series se



presentan entramadas en la construcción mediática de la actualidad. En su estudio de las representaciones de violencia y justicia en la sociedad argentina distingue las siguientes series narrativas: memoria/olvido, de las redes delictivas, de los ilegalismos y las transgresiones, del delito y del escándalo.

Particularmente útil para la presente investigación resulta el aislamiento de la serie del escándalo —donde se incluye el registro corrupción/impunidad—, como una de las dimensiones estructurantes de la actualidad mediática. Tabachnik se pregunta ¿cómo se reconfigura la escena del escándalo en las actuales sociedades mediatizadas?, para luego señalar:



El contexto más inmediato para situar esta interrogante es el que teoriza y analiza las transformaciones que [...] se habrían producido en el régimen de visibilidad del poder. Lo que está en juego en la problemática del escándalo es [...] que marca una frontera en el interior mismo de la esfera pública entre aquello que se expone y aquello que se sustrae a la mirada de la sociedad: los secretos del poder. Pero ya no se trata de los arcana imperio [...] sino de lo que el poder oculta, encubre, enmascara: las tramas de complicidades, las transgresiones e ilegalismos, las conivencias, los pactos espúreos, en fin, un conjunto de contenidos que el imaginario social figura con la metáfora del 'lado oscuro del poder'. (2000, p. 335)

Desde esta perspectiva, el escándalo “se constituye siempre en una instancia privilegiada de autolegitimación del dispositivo mediático” (Tabachnik, 2000, p. 336), pues activa el mito de la lucha por la verdad para desactivar el secreto que la amenaza y la desafía. Según Tabachnik la intervención mediática

en Argentina, en los años noventa, se caracterizó por tres estrategias: el periodismo de investigación, la denuncia como retórica dominante y la revelación como régimen de visibilidad. A través de estas estrategias se habría producido, según la misma autora, una “‘canonización’ del formato genérico del escándalo en la representación del ámbito de la política, de sus prácticas y de sus actores en la escena mediática” (2000, p. 335).

Estructura narrativa de los escándalos de corrupción

El debut del nuevo gabinete fue opacado por otro escándalo judicial que promete complicar aún más la novela de los sobresueldos. Esta vez, el protagonista es el juez Alejandro Riveros, y el título: caso MOP-Ciade. La trama comienza con el proceso por un contrato irregular de \$270 millones, firmado en 2001 entre el Ministerio de Obras Públicas y el Centro de Investigación Aplicada para el Desarrollo de la Empresa (CIADE), dependiente de la Universidad de Chile. Es una historia ya conocida: los fondos del acuerdo habrían sido destinados a sobresueldos para una lista de hasta 22 ex seremis y académicos de la universidad. La ronda de interrogatorios comenzó con la declaración del ex decano de la Facultad de Economía de la institución, Ricardo Paredes, y el ex director del Ciade, Nassir Sapag. El proceso tiene varias coincidencias con la causa que lleva la jueza Gloria Ana Chevesich por el caso Gate, lo que hace prever una posible contienda por competencias [...] Este escenario parece confirmar que el fantasma de los sobresueldos acompañará toda la gestión de Ricardo Lagos. (*El Mercurio*, 9 de marzo, 2003)

Los diarios chilenos que se mantienen en la tradición del periodismo objetivo no reconocen —ni han iniciado aún un proceso de autorreflexión— las transformaciones que ellos mismos están viviendo y, en particular, la aparición de formas alternativas de narrar las noticias. La nota periodística citada ofrece algunos indicios que dan cuenta del paso del periodismo objetivo al periodismo narrativo. El uso de ciertas expresiones es sintomático: *escándalo*, *la novela*, *el protagonista*, *la trama*, *una historia ya conocida*, *el fantasma de los sobresueldos*. El periódico nos sitúa en un escenario donde se desarrolla una trama, con una historia ya conocida de escándalo —el pago de sobresueldos a funcionarios públicos— que involucra a ciertos personajes y ‘confirma’ la existencia de un fantasma que persigue al tercer gobierno



de la Concertación. Nos preguntamos: ¿cómo opera el discurso narrativo en el tratamiento de este caso? ¿Será la historia narrada en la forma de una novela o de un cuento? O ¿tendremos una novela que será entregada en capítulos, donde cada capítulo forma parte de una serie?

La forma narrativa opera aquí como un trabajo *abductivo*, en cuanto a partir del suceso se lanza una hipótesis sobre la historia completa desde la cual se buscan los datos que parecen relevantes (Cfr. Fernández Pedemonte, 2001). En este caso, los tres periódicos analizados asumen como conjetura (aunque con matices distintos) la denuncia judicial por fraude al fisco contra el Ministerio de Obras Públicas (MOP) y el Centro de Investigación Aplicada (CIADE) de la Universidad de Chile. Para un periódico la conjetura es que “hay un secreto que se destapa”; para otro, que “hay una red que se desarma”, y para el tercero, que “las instituciones públicas están siendo cuestionadas”.

Para los tres periódicos las instituciones públicas —particularmente el MOP y la Universidad de Chile— quedan bajo sospecha. Y esta sospecha —aunque en este momento no es explicitada como tal— es que estas instituciones son corruptas. El discurso de la corrupción, que ya ha sido instalado por el dispositivo mediático, aparece en este momento de la evolución del caso en el plano de la connotación. El propio lector debe insertar el caso en un esquema interpretativo que los periódicos han venido elaborando.

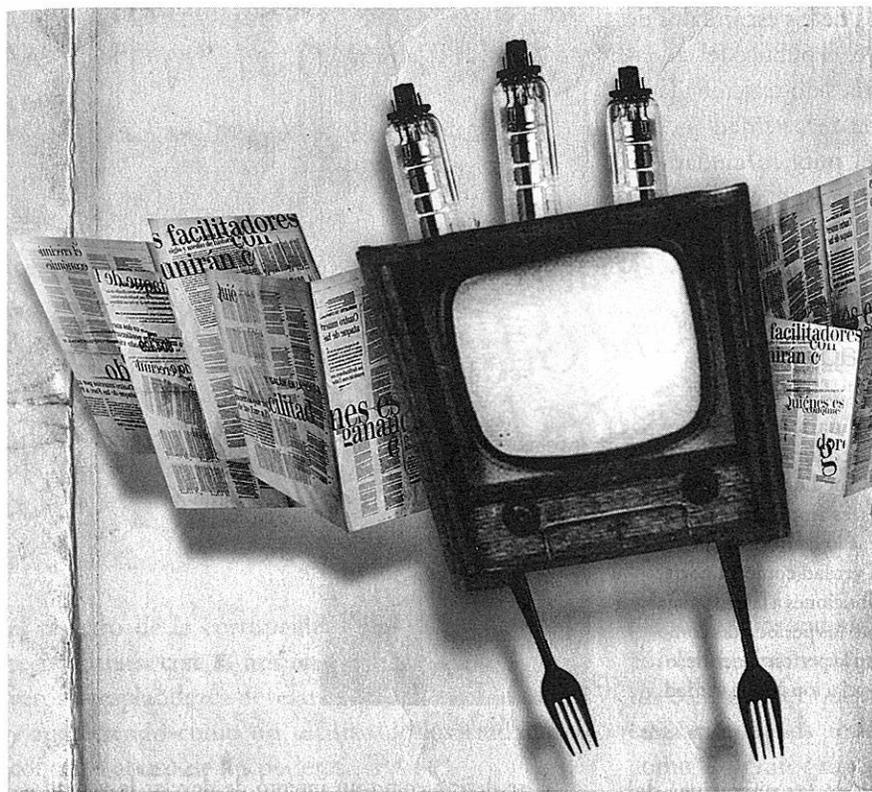
La narración periodística se caracteriza también por que desde la orientación de la conjetura se van elaborando unas intrigas (o hipótesis específicas) que cumplen el papel de tramas secundarias, de pequeños relatos dentro del relato. Cada nueva intriga agrega suspenso al relato, como en los textos de ficción (Cfr. Fernández Pedemonte, 2001, p. 181). ¿Cuáles son las intrigas que dan suspenso al relato de este caso sosteniéndolo en el tiempo? En la elaboración periodística del caso —desde que sale a la luz pública en marzo de 2003 y en los meses siguientes— es posible identificar diversas intrigas que cumplen esta función narrativa. Entre ellas, primero, que la relación MOP-Universidad de Chile es antigua, con

lo cual se plantea una intriga política con una trama histórica que tiene su origen en los inicios del primer gobierno de la Concertación. Segundo, a través de la trama histórica se siembra la duda sobre el propio presidente de la República, quien había sido ministro de Obras Públicas en el segundo gobierno de la Concertación. Según esta intriga, el mecanismo para el pago de sobresueldos se habría establecido desde ese entonces, con lo cual se buscaría involucrar al presidente Lagos en el caso de corrupción. Tercero, se plantea una intriga policial en torno a la “misteriosa desaparición” del contador del Centro de Investigación. En definitiva, estos ‘pequeños relatos’ dan suspenso a la narrativa del escándalo MOP-CIADE e insinúan que se está haciendo visible “el lado oculto del poder”, lo que este oculta y enmascara, “las tramas de complicidades, las transgresiones e ilegalismos, las connivencias y pactos espurios”.

La narración periodística parte de una conjetura y desarrolla unas intrigas que sirven para dar suspenso al relato. Además, estos relatos se refieren a acciones de personas o personajes. En las narrativas del escándalo hay una apelación a ciertas situaciones o figuras arquetípicas. ¿Cuáles son las representaciones de los actores que desempeñan los roles protagónicos en las narrativas del escándalo político? Los actores principales que aparecen en las narrativas del escándalo examinadas anteriormente son los jueces/la Justicia, autoridades de la Universidad/Universidad de Chile y autoridades de Gobierno/MOP.

Aunque la perspectiva pueda parecer ‘escandalosa’ a la sensibilidad de los ilustrados, sugerimos que en los relatos periodísticos del escándalo, los que vienen a reemplazar la información y la argumentación en los temas de interés público, predomina la narración primitiva, esto es, “aquella narración en que las formas narrativas aparecen fuertemente codificadas produciéndose una *ritualización de la acción* [...] Narración de perspectiva vertical, que separa tajantemente a los héroes de los villanos aboliendo la ambigüedad y exigiendo al lector tomar partido” (Martín-Barbero, 1987, p. 152). A su vez, la intensidad del relato se logra a costa de la complejidad, lo que exige poner en funcionamiento dos operaciones: esquematización y polarización. Si, como ha señalado Martín-Barbero, estas operaciones se hacen presentes en la estructura





dramática del melodrama, aquí se observa que éstas también son constitutivas de la estructura narrativa de escándalos de corrupción política.

La relación entre la narración del escándalo y la experiencia/memoria del lector apela a tres figuras arquetípicas —el justiciero, el traidor y la víctima— que conforman una red que constituye el centro sobre el que ella gira. La apelación a la figura del justiciero se realiza principalmente a través de los jueces. Al igual que en los cuentos, donde el relato acompaña básicamente las aventuras del héroe, las narrativas del escándalo van a acompañar las acciones de los jueces; acciones orientadas a “desenredar la trama de malentendidos y desvelar la impostura haciendo que la verdad resplandezca” (Martín-Barbero, 1987, p. 130).

La apelación a la figura arquetípica del traidor (o agresor) se realiza principalmente a través de las autoridades de algunas instituciones públicas. Y al igual que en la estructura del melodrama, el traidor

es la contrafigura del justiciero/héroe: es el que teje la trama de malentendidos, seduciendo a la víctima para su placer o beneficio personal. En las narrativas del escándalo, el traidor también “se mueve en lo oscuro, en los corredores del laberinto y el secreto” (Martín-Barbero, 1987, p. 129); en el “lado oscuro del poder”. Pero, a diferencia de la estructura del melodrama, donde la identidad del traidor es conocida, en las narrativas del escándalo la identidad del agresor es parte de la verdad que debe salir a la luz. Para los jueces (la justicia) el agresor es un acusado al que se le debe considerar inocente hasta demostrar lo contrario: la investigación está orientada a recabar los antecedentes que prueben la culpabilidad (o la inocencia) del acusado. Sin embargo, en los relatos periodísticos ello no siempre ocurre. El tratamiento de los acusados se enmarca en la conjetura que los periódicos lanzan sobre la historia completa y a partir de la cual se buscan los datos que parecen relevantes. De esta manera, la asociación acusado/culpable puede ser más o menos explícita, más o menos sutil, pero siempre, de alguna manera, se hace presente.

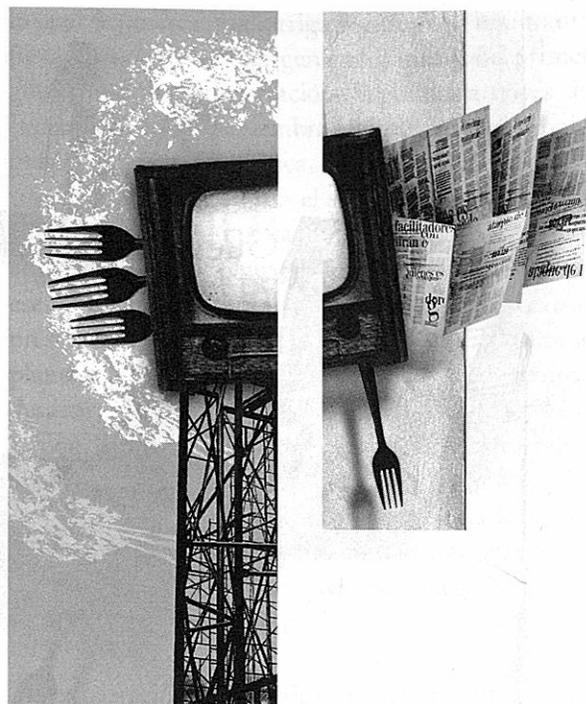
Por último, en las narrativas de los escándalos de corrupción la principal víctima es el público (el ciudadano), pues la 'fe pública' habría sido traicionada. Y los periódicos —en su búsqueda de la verdad— estarían asumiendo la defensa del público/ciudadano contra los traidores, aunque ello pase por estigmatizar las instituciones republicanas.

¿Nada más que la verdad?

Invocada constantemente en seminarios, discursos y editoriales, la búsqueda de la verdad continúa presidiendo el imaginario periodístico. Si los medios ejemplifican elocuentemente que tal búsqueda es imposible e inherentemente autoritaria [...] nadie se lo ha informado a la prensa. El periodismo entiende la verdad como su norte, una de sus más importantes contribuciones a la existencia de una sociedad democrática. Tanto los periodistas como el público lector castigan o aplauden la performance de los medios noticiosos de acuerdo a su relación con la verdad. (Waisbord, 1998, p. 50)

¿Cómo se presenta la prensa en las narrativas del escándalo? En términos de la estructura narrativa, la prensa se presenta como el ayudante del justiciero. Si el justiciero tiene por función desenredar la trama de malentendidos y desvelar la impostura haciendo posible que 'la verdad resplandezca', la prensa se presentará como colaboradora en la búsqueda de la verdad, oficiará como vanguardia de la transparencia. Se establece así una alianza entre la prensa y la justicia en torno a una misma meta que, en otro plano, puede ser interpretada como una alianza política entre dos instituciones que quedaron severamente cuestionadas desde la época del gobierno militar.

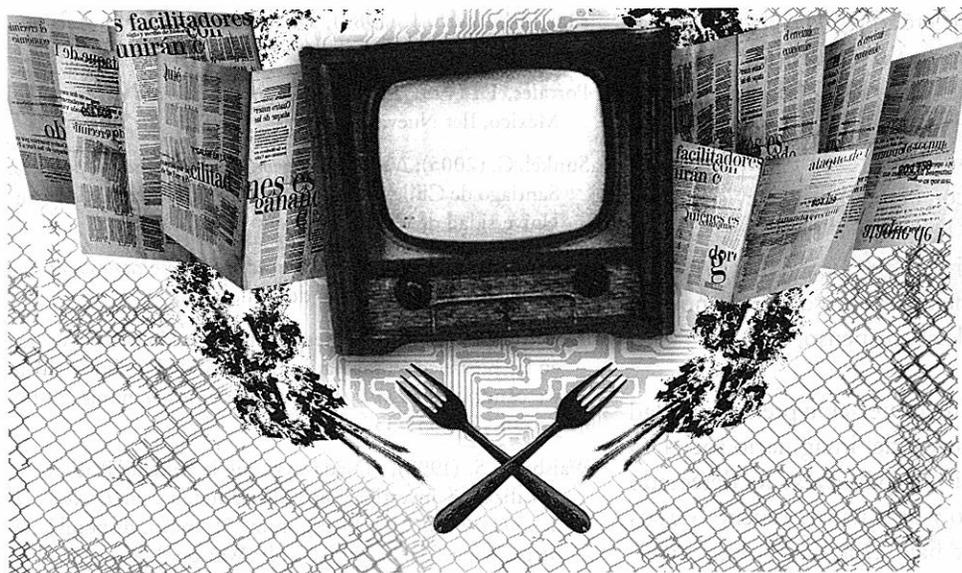
Hemos señalado que en las narrativas del escándalo se activa el mito de la lucha por la verdad, para desactivar el secreto que la amenaza y la desafía. La narrativa del escándalo nos sitúa en la escena de lo que se sustrae de la mirada de la sociedad: los secretos del poder. Por ello, como lo ha señalado Tabachnik, la narrativa del escándalo "se constituye siempre en una instancia privilegiada de autolegitimación del dispositivo mediático" (2000, p. 338). En la prensa chilena este proceso de autolegitimación asume la forma de una reactivación del mito del cuarto poder. En la reactivación de éste, el periodismo:



... se define como un intento de develar la verdad, asumiendo que hay una realidad transparente que debe y puede ser mostrada. Es quizás el más sólido bastión de la modernidad del periodismo, imperturbable a las visiones relativistas que insisten que la verdad es socialmente construida [...] Se erige en guardián de la integridad periodística, trazando distinciones claras entre exactitud y arbitrariedad, realidad y no-realidad. (Waisbord, 1998, p. 50)

Esta definición resuena con visiones populares y románticas que celebran el periodismo como un contrapoder ejercido por reporteros, quienes, contra la mentira y la manipulación informativa de otros poderes, emergen triunfantes con la verdad. ¿Cuáles son las estrategias periodísticas utilizadas para reactivar el mito del cuarto poder? A diferencia de lo que ocurre en otros países latinoamericanos, la clave no está en el periodismo de investigación. Más bien, lo que aquí tenemos es la ausencia de este tipo de periodismo: la prensa chilena meramente relata las aventuras del héroe, su acción justiciera, las investigaciones que éste realiza.

La prensa no contribuye con su propia labor investigativa, sólo asume la denuncia como retórica dominante, y la 'revelación' como régimen de visibilidad. Al insertar los casos en la serie del escándalo —en



el registro de la corrupción—, la prensa pareciera reencontrarse con ‘la’ misión periodística: hacer que la verdad resplandezca develando los secretos del poder y apareciendo como un recurso de los ciudadanos contra el abuso de los poderes.

La retórica de la denuncia y la ‘revelación’ como régimen de visibilidad remiten al mito fundacional de la prensa ilustrada como espacio de libre circulación de ideas y de fiscalización de los poderes ‘públicos’ frente a eventuales abusos por parte de quienes lo detentan. Pero por varios motivos dentro del contexto chileno esto es un mito en el sentido estricto de la palabra (no es verdad). En primer lugar, la prensa chilena de los años noventa —condicionada por un contexto de concentración oligopólica de la propiedad, de ausencia de un sistema de regulaciones públicas y de procedimientos de autorregulación— se ha alejado significativamente de la noción de *foro discursivo* y ha restringido y homogeneizado la deliberación social al punto que parece incompatible con una sociedad democrática. La prensa chilena interviene en la configuración de lo público, pero ya no a la manera que fue concebido en el imaginario ilustrado: como un espacio social que, a través del contraste de opiniones y la deliberación social, permitiría acceder a la ‘verdad’.

En segundo lugar, el mito fundacional suponía que la prensa era un poder independiente de los tres poderes tradicionales —Legislativo, Ejecutivo y Judicial— y se constituía como un recurso del que

disponían los ciudadanos para criticar, rechazar y enfrentar abusos e injusticias. El cuarto poder era un contrapoder que tenía una función clave de fiscalización de los poderes públicos; pero constituido como un gran grupo mediático que se añade a los poderes políticos y económicos, la prensa chilena se ha alejado de la ciudadanía. La fiscalización de los poderes públicos que la prensa realiza a través de la retórica de la denuncia y la ‘revelación’ como régimen de visibilidad ya no se realiza desde el interés público, sino que es usada como un instrumento de acción política en función de los intereses del poder mediático. La construcción del imaginario social de la corrupción no respondería, por ende, sino a esos mismos intereses.

En tercer lugar, la fiscalización de los poderes públicos a través de los mecanismos e intereses señalados se inscribe dentro de las transformaciones observadas en la prensa. Básicamente, en el tránsito desde un periodismo ‘informativo’ a un periodismo ‘narrativo’, de acciones y personajes, donde la complejidad de los acontecimientos es sacrificada (mediante polarizaciones y simplificaciones) en función del atractivo de un relato que, en adelante, se manejará siguiendo ciertas ‘formas primitivas’, con un cierto dejo de sensacionalismo presente aun en los relatos más serios.

Lo perverso es que todo esto aparecerá cubierto bajo una retórica de la verdad y el hecho, que renegará de su carácter connotativo y buscará legitimidad en su



apelación constante a la verdad y su develamiento (las conjeturas y su revelación). En este sentido, se podría hablar de una *televisación* de segundo orden en el discurso de la prensa: no se trata sólo de que la prensa dedique una buena parte de su atención al tratamiento de temas relacionados con la farándula televisiva, sino que, además, hoy por hoy los propios temas de las áreas 'duras' (informativas) son tratados por la prensa sería siguiendo el régimen narrativo de las telenovelas (tramas, historias paralelas, suspenso, etc.).

Todo ello a su vez altera la relación prensa-realidad noticiosa. En la instalación del imaginario social de la corrupción en la opinión pública se ha detectado el carácter anticipatorio y oracular de muchos de sus juicios (la idea de 'ver bajo el agua', buscar 'tapados', desenredar 'tramas'), así como la producción sistemática de la sospecha. Además, es evidente que aunque los medios despliegan toda una retórica de la verdad que busca hacer hincapié en la función referencial-indicativa del lenguaje (aideológica, neutra y objetiva), el tipo de texto que produce se encuentra sumamente connotado, porque encuadra y dirige intencionalmente la interpretación hacia objetivos bien definidos. Esto se observa tanto en la cuidada elección de determinados términos dentro del cuerpo de las notas como en el tipo de titulares que se les asignan y en las imágenes que acompañan a esas notas. En definitiva, todos estos elementos desplegados por la prensa sólo buscan contribuir a la reactivación de un mito para recuperar su propia legitimidad.

Bibliografía

- Brunner, J. J.; Catalán, C., y Barrios, A. (1989), *Chile. Transformaciones culturales y modernidad*, Santiago de Chile, Flacso.
- Consejo Nacional de Televisión (2002), *Encuesta nacional de televisión*, Santiago de Chile.
- Eco, U. (1997), *Cinco escritos morales*, Barcelona, Lumen.
- Fernández Pedemonte, D. (2001), *La violencia del relato*, Buenos Aires, La Crujía.
- Ford, A. (1999), "La exasperación del caso", en *La marca de la bestia*, Buenos Aires, Norma, pp. 245-287.
- Ford, A.; Martini, S., y Mazzioti, N. (1996), "Construcciones de la información en la prensa argentina sobre el Tratado del Mercosur", en García Canclini, N. (coord.), *Culturas en globalización*, Caracas, Nueva Sociedad, pp. 177-214.
- Gutiérrez, P. y Munizaga, G. (1983), *Radio y cultura popular de masas*, documento de trabajo, Chile, Ceneca.
- Martín-Barbero, J. (1987), *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Portales, D. (1981), *Poder económico y libertad de expresión*, México, Ilet-Nueva Imagen.
- Sunkel, G. (2005), *Narrativas periodísticas y escándalos políticos*, Santiago de Chile, Instituto de la Comunicación e Imagen-Universidad de Chile-Lom.
- y Geoffroy, E. (2001), *Concentración económica de los medios de comunicación*, Santiago de Chile, Lom.
- Tabachnik, S. (2000), "Representaciones de violencia y justicia en la construcción mediática de actualidad. Política, delito y escándalo", en *Diálogos de la Comunicación*, núms. 59-60, octubre, pp. 333-337.
- Waisbord, S. (1998), "¿Nada más que la verdad? Periodismo fiscalizador, investigación y modernidad", en *Diálogos de la Comunicación* [en línea], núm. 51, mayo, disponible en <http://www.felafacs.org/files/4%Waisbord.pdf>.